

I M A G E N E S

L U I S O R T I Z M O N A S T E R I O

L U I S Ortiz Monasterio es uno de nuestros jóvenes escultores en quienes se puede apreciar la lucha heroica que sostiene la escultura moderna contra las convenciones que han paralizado este antiquísimo arte, durante casi todo el desarrollo de la historia moderna.

Sería prematuro hablar de Monasterio como si se tratara de un escultor acabado y, por otra parte, no sería hacer honor ni a sus años ni a su esfuerzo. Si algo puede considerarse como profundamente característico de este escultor, es su espíritu de lucha, es decir, su juventud.

En muchos de nuestros artistas es extraordinariamente difícil llegar a percibir con claridad sus ideales estéticos, porque los ocultan cuidadosamente detrás de las formas. Son como las mujeres de quienes dice Maurois, que se esconden detrás de sus palabras. Y si de Monasterio no podríamos afirmar con exactitud hacia dónde se encamina, sí podemos advertir que marcha dramáticamente, abriéndose paso a fuertes golpes entre la maleza de la tradición escultórica.

Para él no existen aventuras artísticas a las que no se atreva, pero tampoco influencias del pasado que desdeñe, y tan pronto lo vemos afanarse en la resurrección del ideal geométrico de la escultura egipcia, como en la fusión aparentemente imposible de la fuerza plástica de nuestros códices, con las líneas elementales de los bajos relieves de la Grecia primitiva.

Quizás la investigación más valiosa de Ortiz Monasterio se refiere, con características tan constantes que no sería posible eliminarlas de ninguna de sus obras, a la antigua escultura de los mexica-

nos. No se trata aquí de dar burdamente la sensación de los volúmenes, ni la del realismo, ni la del suave tallado de nuestra vieja escultura autóctona, por el simple prurito de parecer moderno. En Monasterio nos encontramos con una modernidad auténtica que busca en el pasado, no los elementos "Primitivos" de fácil imitación, sino el sentido profundo, los resultados finales—¿se me permite decir "la cultura?"—de un desarrollo estético que maduró indudablemente al calor de los siglos.

Así como la pintura moderna, cuando por fin consigue libertarse de los cánones académicos, se encuentra frente a frente con otros desarrollos—por ejemplo, al del arte negro—que eran insensibles a la concepción clásica de la pintura, así también la escultura moderna, una vez rotos los lazos que la ataban a la realidad de la figura humana, descubre repentinamente todas las afinidades artísticas que la unen con las estatuillas de la época cuaternaria, o con el arte egipcio, o con la escultura arcaica de Grecia, o con la escultura mexicana, a la que Monasterio ha dedicado su más amorosa atención.

¿Qué rumbo tomará Monasterio cuando todas estas corrientes se fundan en una sola personalidad? La profecía no es nuestro fuerte. Esperamos que Monasterio no se perderá en la lucha. Pero es más que satisfactorio poder comprobar, por ahora, que Monasterio pone en su trabajo un caudal de energías magníficamente orientadas; que es un artista moderno; que es un artista culto; que es, en suma, un artista revolucionario.

JOSE GOROSTIZA

J O S E G U A D A L U P E P O S A D A

E N México han existido siempre dos corrientes de producción de arte verdaderamente distintas: una de valores positivos y otra de calidades negativas, simiesca y colonial, que tiene como base la imitación de modelos extranjeros para proveer a la demanda de una burguesía incapaz, que fracasó siempre en sus intentos de crear una economía

nacional y que ha concluido por entregarse incondicionalmente al poder imperialista.

La otra corriente, la positiva, ha sido obra del pueblo, y engloba el total de la producción, pura y rica, de lo que se ha dado en llamar "arte popular". Esta corriente comprende también la obra de los artistas que han llegado a personalizarse, pero que han vivido, sentido, trabajado expresando la aspiración de las masas productoras. De estos

artistas el más grande es, sin duda, José Guadalupe Posada, el grabador de genio.

Posada, tan grande como Goya o Callot, fue un creador de una riqueza inagotable, producía como un manantial de agua hirviente.

Posada, intérprete del dolor, la alegría y la aspiración angustiada del pueblo de México, hizo más de quince mil grabados; así lo asegura el editor Vanegas Arroyo.

Mano de obrero, armada de un buril de acero, hirió el metal ayudado por el ácido corrosivo para arrojar los apóstrofes más agudos contra los explotadores.

Precursor de Flores Magón, Zapata, Santanón, guerrillero de hojas volantes y heroicos periódicos de oposición.

Ilustrador de los cuentos y las historias, las canciones y las plegarias de la gente pobre. Combatiente tenaz, burlón y feroz; bueno como el pan y amigo de divertirse, cuyo reducto fue un humilde taller instalado en una puerta cochera, a la vista, pero al flanco de la iglesia de Santa Inés y de la Academia de San Carlos.

¿Quiénes levantarán el monumento a Posada? Aquellos que realizarán un día la Revolución, los obreros y campesinos de México.

Posada fue tan grande, que quizá un día se olvide su nombre. Está tan integrado al alma popular de México, que tal vez se vuelva enteramente abstracto; pero hoy su obra y su vida trascienden (sin que ninguno de ellos lo sepa), a las venas de los artistas jóvenes mexicanos cuyas obras brotan como flores en un campo primaveral, después de 1923.

La producción de Posada, libre hasta de la sombra de una imitación, tiene un acento mexicano puro.

Analizando la labor de Posada, puede realizarse el análisis completo de la vida social del pueblo de México.

Los valores plásticos que contiene la obra de Posada son todos los más esenciales y permanentes de la obra de arte.

La composición de Posada, de un extraño dinamismo, mantiene, sin embargo, el equilibrio más grande de los claros y oscuros en relación a la superficie del grabado.

El equilibrio a la par que el movimiento es la calidad máxima del arte clásico mexicano; es decir, el pre-cortesiano.

Del arte clásico mexicano es propio también el amor al carácter y el empleo, a la vez terrible y drolático, de la muerte, convertida en elemento plástico.

Posada: la muerte que se volvió calavera, que pelea, se emborracha, llora y baila.

La muerte familiar, la muerte que se transforma en figura de cartón articulada y que se mueve tirando de un cordón.

La muerte como calavera de azúcar, la muerte para engolosinar a los niños, mientras los grandes pelean y caen fusilados, o ahorcados penden de una cuerda.

La muerte parrandera que baila en los fandangos y nos acompaña a llorar el hueso en los cementerios, comiendo mole o bebiendo pulque junto a las tumbas de nuestros difuntos.

La muerte que es, en todo caso, un excelente tema para producir masas contrastadas de blanco y negro, volúmenes recientemente acusados, y expresar movimientos bien definidos de largos cilindroides formando bellos ángulos en la composición, magistral utilización de los huesos mundos.

Todos son calaveras, desde los gatos y garbaneras, hasta don Porfirio y Zapata, pasando por todos los rancheros, artesanos y catrines, sin olvidar a los obreros, campesinos y hasta los gachupines.

Seguramente, ninguna burguesía ha tenido tan mala suerte como la mexicana, por haber tenido como relator justiciero de sus modos, acciones y andanzas, al grabador genial e incomparable, Guadalupe Posada.

Su buril agudo no dió cuártel ni a ricos ni a pobres; a éstos les señaló sus debilidades con simpatías, y a los otros, con cada grabado les arrojó a la cara el vitriolo que corroyó el metal en que Posada creó su obra.

La distribución de blancos y negros, la inflexión de la línea, la proporción, todo en Posada le es propio, y por su calidad lo mantiene en el rango de los más grandes.

Porque Posada fue un clásico no le subyugó nunca la realidad fotográfica, la infrarrealidad, siempre supo expresar como valores plásticos la calidad y la cantidad de las cosas dentro de la super realidad del orden plástico.

Si es indiscutible lo que dijo Augusto Renoir: que la obra de arte se caracteriza por ser "indefinible e inimitable", podemos decir que la obra de Posada es la obra de arte por excelencia. Ninguno imitará a Posada; ninguno definirá a Posada. Su obra, por su forma, es toda la plástica; por su contenido es toda la vida, cosas que no pueden encerrarse dentro de la miserable gaveta de una definición.

DIEGO RIVERA

I M A G E N E S

LUIS ORTIZ MONASTERIO

ESCULTURAS



JOSE GUADALUPE POSADA

GRABADOS



EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

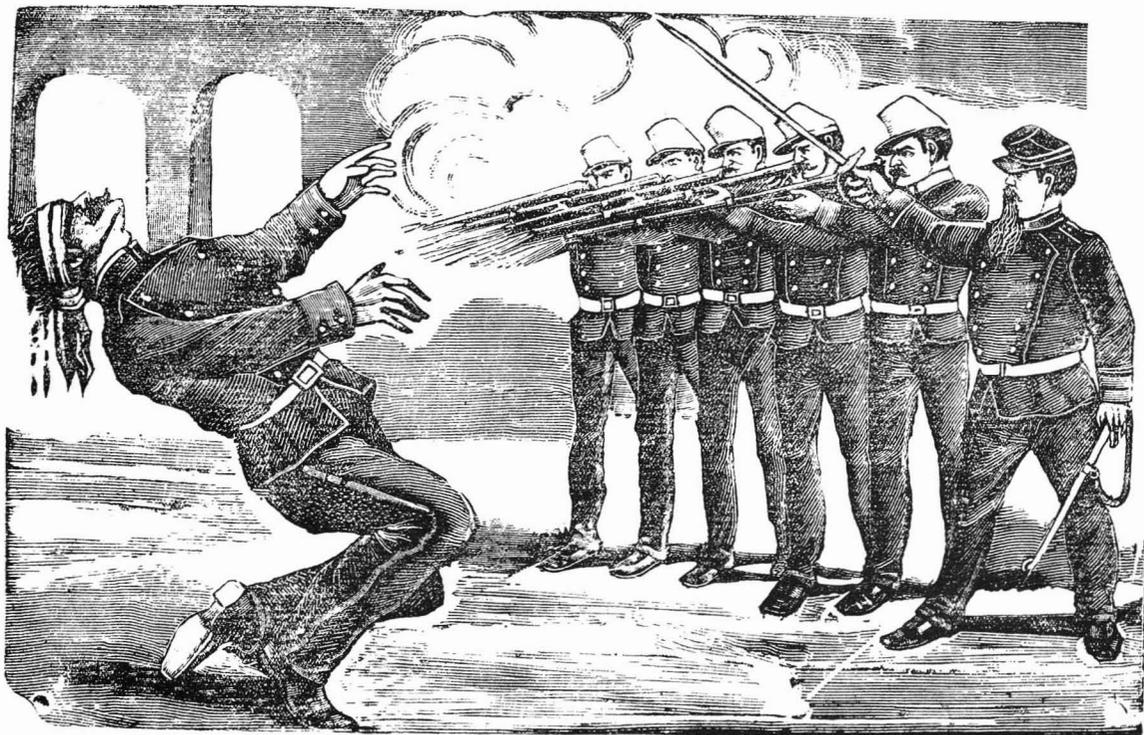


MADERO

Grabado
J. G. POSADA



Ejemplo "LOS SIETE VICIOS"



Grabados
J. G. POSADA



EL JARABE EN ULTRATUMBA



Corrido "EL FIN DEL MUNDO"

Grabados
J. G. POSADA